

INAUGURACION DE LA ESTATUA DE CUERVO

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, EN LA
INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE DON RUFINO JOSÉ CUERVO

Excelentísimo señor, señores :

Hoy se cumplen tres años del día infausto para la patria, en que rindió su vida en París don Rufino José Cuervo. Y el Gobierno ha querido dar, en esta ocasión, público testimonio de que la nación no olvida a su grande hombre, y antes bien, procura que su noble fisonomía siga siendo familiar para las nuevas generaciones, que no lo conocieron en la modestia de su vida, sino en la transfiguración de la gloria póstuma.

Este homenaje honra más al pueblo que lo tributa que al hombre a quien se consagra. Porque Cuervo se levantó a sí mismo un monumento de más duración que el bronce en que se ha modelado su estatua ; y más visible que ésta desde todos los puntos del mundo sabio. La efigie es para nosotros, para los paisanos del grande escritor, para los moradores de la ciudad donde se mecía su cuna. Las obras de Cuervo son para la raza entera ; para todos los centros doctos del antiguo y del nuevo continente, donde se cultiva la ciencia que adivinó Hervás y Panduro, a la cual consagró Bopp soberbio monumento ; y que es timbre glorioso de la cultura moderna.

Es un espectáculo hermoso y que halaga el orgullo patrio el que presenta esta modesta ciudad, escondida en el centro de los Andes y colocada en una zona del globo que muchos consideran impropicia para la verdadera civilización política e intelectual ; y que, sin embargo, emplea los días de paz que le concede el cielo para realizar actos cívicos como el presente, en que se celebra la mansa gloria de un hombre de letras. Si

la ciudad alemana de Bonn se muestra ufana de haber colocado en sitio público la efigie de Federico Díez, patriarca de la filología de las lenguas romances, no menos orgullosa debe estar Bogotá con la erección de este monumento, consagrado al sabio a quien Díez habría entregado gozoso, como a digno heredero, el cetro de los estudios que le sirvieron para conquistar rama imperecedera de glorioso laurel.

Hay estatuas que surgen de entre el horno de las luchas actuales y guardan las huellas de las llamas de la pasión en que fueron forjadas ; se requiere la fría acción de los años para que esas figuras adquieran la majestad y el sosiego, que son propios de los seres inmortales. Y si fueron alzadas por la adulación, en honor de celebridades efímeras o de equívocas grandezas, si en ellas se encarna cualquiera de esas bajas pasiones que deshonran a la humanidad, entonces su duración suele ser fugaz, y es caso frecuente y lastimoso que el bronce o el mármol, hechos para recibir el beso de la luz en las alturas, rueden entre el polvo y se pierdan en la oscuridad, como humillados del indigno papel que los obligó a desempeñar la mano del artista.

Pero hay estatuas que brotan, luminosas y serenas, del fondo de la conciencia nacional ; en las cuales nadie será osado a poner la mano para turbar su olímpico reposo ; y permanecerán inmovibles en el sitio que les decretó el amor patrio, sintiendo llegar hasta sus pies las olas populares, no en forma de amenaza o de protesta, sino de salutación y de homenaje. Tal acontecerá con la estatua de Cuervo, erigida en esta plaza, que es uno de los últimos restos, poéticos y venerandos, de la vieja Santafé ; sitio alegre y repuesto, al cual forman marco balcones coloniales, que recordarían al sabio los de su propia casa paterna ; y que tiene enfrente la vieja iglesia de la Compañía, a donde él acudió tantas veces a humillar su cabeza, en devota adoración delante de la majestad del Sacramento. ¿Quién tocará la efigie de este hombre, que fue un sabio y un justo,



que legó al morir sus bienes a los pobres de su ciudad natal, que merced a su esfuerzo, tenaz y solitario, elevó la ciencia patria a alturas sólo alcanzadas por genios próceres de la filología y obtuvo un puesto entre Emilio Littré y Gaston París?

Esta estatua recordará a los jóvenes que hace cincuenta años hubo aquí un joven como ellos que, sin estímulo ni apoyo, se dedicó a los más arduos y profundos estudios; halló la llave de la ciencia alemana; aprendió el griego y el árabe; penetró los secretos del hebreo y el sánscrito; y en la primavera de la vida, cuando otros se presentan ante la sociedad con los trofeos de las conquistas del placer, se presentó ante su patria con un libro! Libro de modesta apariencia, de título humilde, y redactado en esa forma sencilla y festiva que ha sido característica del ingenio bogotano; libro que llegó calladamente a Europa y despertó la admiración de Pott, de Dozy, de Morel Fatio y de Hartzenbusch. Les recordará también cómo este héroe del trabajo, este obrero de la industria colombiana, se instaló en París, y renunciando a todo halago mundano, a los goces mismos de la vida doméstica, se consagró, con ascético desprendimiento, a hacer más hondo y dilatado el surco que había abierto la reja de su arado, hasta merecer que el mayor erudito peninsular lo apellidara el filólogo más grande de la raza española en el siglo XIX. Y traerá finalmente a su memoria el recuerdo del gran *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, cuyos dos magnos volúmenes están ahí pregonando cómo cabe demostrar verdadero genio en una árida labor gramatical, y cómo de las adustas y macizas páginas de un léxico pueden brotar rayos de luz para tejer una corona de gloria en torno de las sienes del investigador incomparable.

Bogotá ha erigido monumentos a algunos de los más preclaros héroes de la independencia, para perpetuar su gratitud y su amor a los padres de la patria. También empieza a levantar estatuas a los hombres de pensa-

miento, a los Cuervos y a los Caros, que en otros campos de acción, son igualmente paladines de la independencia nacional. Porque, como dijo el hombre a quien estamos celebrando, "nada simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua"; y quienes se han ocupado en la noble tarea de pulirla y embellecerla; los que se han servido de ella para expresar grandes ideas y profundos sentimientos; los que la han hecho penetrar, como conquistadores de almas, en otros pueblos y en otras razas, esos son campeones de la grandeza patria y centinelas de su integridad; y sus plumas de oro son instrumentos de defensa y armas de combate contra el extranjero, tan eficaces como las espadas fulmineas.

Si algún día cayera sobre la madre España o sobre sus hijas de la América española un aluvión como el que se desplomó sobre el imperio romano, combatirían por la raza los cantos de nuestros poetas, las plegarias de nuestros místicos y las páginas de nuestros historiadores; y estaría en la primera fila de los luchadores, esgrimiendo su lanza inmortal, el héroe manchego, creación suprema del genio de un soldado que perdió una mano en Lepanto y con la que le quedó sana escribió el Quijote.

La Junta encargada de la erección de esta estatua, la Academia Colombiana de que fue Cuervo socio fundador y soberano ornamento, y la Academia Nacional de Historia, que lo contó entre sus individuos honorarios, me han hecho el insigne e inmerecido honor de elegirme para llevar la palabra en este solemne acto. Nadie más inadecuado que yo para esta tarea; porque mis palabras, débiles y balbucientes, no aciertan a formular un elogio digno de aquel perfecto artista del lenguaje; y porque los encomios de un profano nada podrían significar para quien respetó, como pocos, la dignidad de la verdadera ciencia. Haré, pues, lo que hace el centinela cuando ve pasar por delante a su general: se yergue respetuoso, se cuadra militarmente y le presenta las armas, en señal de acatamiento.

He dicho.